

La vida continúa. Relatos de cómo se vive y se supera el ser víctima

Trabajo de grado para optar al título de
Profesional en Periodismo y Opinión Pública
Escuela de Ciencias Humanas
Directora de proyecto: Tatiana Joiro Rodríguez

presentada por
José Luis Peñarredonda Martínez

Semestre I, 2014

Para T, que me esperó tanto.

Y para mi madre, sí que insistió.

Introducción

La vida continúa: Relatos de cómo se vive y se supera el ser víctima es una colección de perfiles y crónicas sobre personas que tienen tres cosas en común: son víctimas de la violencia colombiana, el hecho de ser víctimas¹ los afectó profundamente, y decidieron continuar con sus vidas pese a ello.

Escogí esta manera de abordar el conflicto colombiano por dos razones. En primer lugar, pese a que en Colombia ya se han contado muchas historias de víctimas desde diferentes perspectivas políticas y utilizando diferentes narrativas, casi siempre son historias de víctimas antes que historias de personas que siguen viviendo sus vidas pese a ser víctimas. Si bien los protagonistas de los relatos de *La vida continúa* fueron seleccionados por haber sido afectados por la guerra, no se centrarán tanto en los hechos puntuales que les tocó vivir como en la forma en la que sus vidas cambiaron cuando se convirtieron en víctimas y en cómo intentan sobreponerse todos los días al daño que se les hizo.

La decisión de escribir sobre las personas antes que sobre el hecho de que sean víctimas también obedece a una intención de universalidad que perseguirán los relatos. La idea es que las historias puedan ser entendidas no solo por quienes viven en Colombia o conocen algo del conflicto del país, sino que lo que en ellas se cuenta apele a los sentimientos y emociones que compartimos como seres humanos.

Aquí surge una pregunta. ¿Se hace buen periodismo cuando se apela a los sentimientos? De entrada, se podría acusar a *La vida continúa* de sensacionalismo. Y puede que la acusación apunte a la verdad. Pero no creo que esa sea una razón para creer que los relatos que formarán parte de este proyecto no puedan ser candidatos a ser piezas de buen periodismo. En primer lugar porque los textos son profusos en información y datos, los cuales fueron verificados minuciosamente. Y en segundo lugar, porque con la elección de las historias y de la forma de contarlas intenté no hacer lo que el argentino D.

¹ En esta monografía se entenderá el concepto de ‘víctima’ de la manera en la que normalmente lo hace la Ley colombiana. Por ejemplo, la Ley 1448 de 2011 (la llamada ‘Ley de víctimas’): las define como “aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos [...] como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno”. Esa Ley también califica como víctimas a los familiares en primer grado de consanguinidad y a los compañeros permanentes de quienes hayan sufrido el daño, en caso de que hubieran muerto a consecuencia de este.

Fernández Piedemonte² afirma que hace el periodismo sensacionalista: narrar “acontecimientos relacionados con tabúes del espacio público de una manera tal que obtura intencionalmente la *racionalización* [...] de esas cuestiones por parte de los públicos”³. El término *racionalización* es tomado prestado del teórico alemán Alfred Schütz, y se utiliza para denotar “el proceso mediante el cual ponemos en cuestión lo que damos por supuesto, es decir que el mundo no puede ser más que como es para nosotros”⁴.

De acuerdo con esa definición, la prensa sensacionalista se sirve de la replicación de lugares comunes para narrar sus historias. Esto es, de construcciones narrativas populares y socialmente difundidas, tales como dicotomías éticas de buenos/malos o victimarios/víctimas, o historias de personas que no soportan la desgracia y terminan por apelar al suicidio. Lo problemático del sensacionalismo, sostiene este autor, “no es el hecho de que los medios hablen de violaciones, suicidios en masa [...], sino que lo hagan con el estilo de la *espectacularización* que nos impide quebrar nuestras certezas sobre el tema”⁵.

No creo estar en la capacidad de “quebrar las certezas” de alguien sobre el conflicto colombiano. Pero sí me considero capaz, con estos relatos, de abordar el conflicto de una manera interesante o, al menos, inquietante. Esa es la intención: que el lector, tras leer las historias, enriquezca su punto de vista sobre ese asunto.

¿Por qué crónicas?

A los residentes en las ciudades colombianas se nos acusa de no conocer el conflicto que vive nuestro país. Para entender con exactitud qué se nos reprocha, habría que responder una pregunta: ¿qué es lo que hay que saber para “conocer” el conflicto? Todos tenemos una idea más o menos clara de cuáles son los bandos enfrentados y qué es lo que buscan, pero —por lo visto— aún sabiendo eso se nos puede acusar con

² FERNÁNDEZ Piedemonte, Damián. La violencia del relato: discursos periodísticos y casos policiales. Bs. As.: La Crujía, 2001.

³ Ver Fernández Piedemonte, p. 114

⁴ Ver Fernández Piedemonte, p. 114

⁵ Ver Fernández Piedemonte, p. 115

fundamento de desconocer el conflicto. Por ende, saber el abecé del enfrentamiento armado de nuestro país no es suficiente para liberarse de la acusación. Al parecer, para “conocer” el conflicto hay que indagar un poco más profundamente.

Este trabajo apuesta por una respuesta a esa pregunta. El conflicto se conoce a través de sus consecuencias en las vidas de sus víctimas. Por supuesto, esta tentativa de respuesta sólo es una posibilidad entre muchas. Otros apostarían por hacer una compleja reconstrucción histórica o un detallado mapa cuantitativo de sus consecuencias, pero me incliné por escribir las historias por dos razones.

La *primera* de ellas es que, durante mi experiencia en el ejercicio del oficio como parte de mis actividades académicas y en los medios de comunicación, me he convencido que las mejores historias son las que tratan sobre las personas. Son las más reveladoras y las más fáciles de comprender por parte de las audiencias, pues despiertan sentimientos de identificación y simpatía y, de esa manera, comunican mejor el mensaje. La *segunda* razón consiste en que creo la utilización de géneros narrativos es la más adecuada para conseguir el objetivo más fuerte que persigue este trabajo, a saber, generar conciencia en sus lectores sobre la dimensión del conflicto colombiano.

Así las cosas, este trabajo fue concebido más por un ciudadano que por un periodista. Y creo que eso tiene sentido en la medida en la que creo que el ejercicio del periodismo es, en últimas, una forma particular del ejercicio de la ciudadanía. Estoy convencido de que el sentido de informar es ayudar a las personas a ejercer los roles políticos que les corresponden como miembros de una democracia. Y si bien existe aquí una intención profesional innegable que es elaborar textos de alta calidad periodística y narrativa, creo que esos textos sólo tendrán sentido en la medida en la que ayuden a la comprensión del conflicto que padece el país.

El enfoque

Las crónicas serán historias de personas que sobreviven a la guerra y dan testimonio de cómo siguen con sus vidas y sus problemas a pesar del daño que les ha dejado el conflicto. En ese sentido, el foco periodístico de este trabajo se puede expresar en términos de la siguiente pregunta: ¿Cómo algunas personas (los entrevistados) afrontan su condición de víctimas y siguen siendo personas con problemas cotidianos?

Normalmente sabemos cosas de las víctimas, pero sabemos poco de lo que es ser un padre-víctima, un hijo-víctima, un trabajador-víctima y en general una persona que se estrelló con el conflicto colombiano, pero que tiene una vida que le apremia, que no va a dejar de estar ahí por unas balas o una mina antipersonal.

Perdonando a 'Jorge 40'

María Aurora Jiménez estuvo obsesionada con él. Devoraba periódicos y noticieros en busca de una mención de su nombre, escarbaba entre los conocidos de sus conocidos por si alguien sabía algo, escuchaba a todo el que tuviera un chisme para contarle.

Así, recogiendo indicios fragmentarios, supo del sufrimiento de sus hijos, de sus afanes espirituales, de la identidad de sus amantes y de la forma en la que estas mujeres padecen su amor maldito. Así, armando un gran rompecabezas, reconstruyó las minucias de su vida pública y privada.

Lo odió durante años. Deseó que “le pusieran un bombazo, que lo descuartizaran”. Pero ahora, que lo encaraba por primera vez, las circunstancias eran otras. Ella se creía invulnerable, pensaba que ese sujeto no podía hacerla sufrir más. Pero cuando lo miró a los ojos se le retorcieron las entrañas.

Su mirada era helada y evasiva; una muralla entre él y el resto del mundo. Detrás estaba un hombre menudo y barbado, que usaba gafas y llevaba pulseras de hilo en sus muñecas. Era él, el mismísimo, el objeto de su retorcida fijación. Era Rodrigo Tovar Pupo, alias 'Jorge 40'. El hombre que había ordenado el asesinato de su padre y de su hermano. El verdugo de su familia.

Estaba vestido con una guayabera de lino color beige y un pantalón oscuro. Caminaba desprevenido, rodeado por una maraña de guardaespaldas mal encarados. No tenía los ademanes estruendosos de la gente altiva; tampoco la timidez de quien está avergonzado.

Si no estuviera en un despacho judicial, no podría adivinarse que es el hombre al que 11.300 personas acusan del asesinato de sus familiares y de la expropiación de sus tierras; ni el sujeto que se apropió a sangre y fuego, con la misma frialdad que irradiaban sus ojos, de una muy buena parte de la costa colombiana.

Pero era la misma persona. Frente a María Aurora caminaba el hombre a cuyas órdenes tres sujetos, identificados con los alias de 'Amín', 'Tolemaida' y 'El Grillo',

asesinaron a su padre, Fernando ‘El Cachaco’ Jiménez Hernández, y a su hermano, Fernando Jiménez Choperena, el 5 de septiembre de 1999.

Era 20 de febrero de 2008; habían pasado ocho años, cinco meses y 15 días desde los asesinatos. Y ese día María Aurora venía a perdonarlo.

“¡Ay mi madre!”

Domingo 5 de septiembre de 1999, 9 de la noche. Plato (Magdalena). Fernandito, de 39 años, estaba con su hijo de cuatro. Acababa de llegar a un motel de su propiedad a recoger el dinero del fin de semana y hacer las cuentas del negocio. Su verdugo, ‘El Grillo’, lo estaba esperando en la entrada. El futuro muerto solo tuvo tiempo de gritarle a su empleado que se llevara al niño. No pudo despedirse de él.

Era –dice su hermana– “un hombre ambicioso que quería hacer plata”. Recién graduado como abogado, se involucró con los paramilitares del sur del Magdalena, donde su padre tenía tierras y era un ganadero reconocido y exitoso.

Según recuerda María Aurora, Fernandito era cercano con quienes serían sus asesinos. “Él se enredó con ellos”, dice. Era su abogado, conocía de cerca su enorme poder y las fechorías que cometían. Les hablaba al oído y les daba un consejo de vez en cuando. Pero su ambición fue más fuerte que su cautela y que las advertencias de su padre, que los conocía muy bien..

Durante el gobierno de Julio César Turbay (1978-1982), don Fernando comandaba las organizaciones armadas de ganaderos que –según su hija– colaboraban con el Ejército en la lucha contra las guerrillas y los abigeos. Su compañero de lucha era un viejo conocido de la familia Jiménez, un ganadero que toda la vida había sido el dueño de la finca de junto: José María ‘Chepe’ Barrera.

Según los vecinos, Barrera comenzó como don Fernando: como un ganadero que encontró fortuna. Pero pronto alternó esa actividad con la delincuencia. En 1992 fundó las Autodefensas del Sur de Magdalena, también conocidas como ‘Los Cheperos’. Este grupo comenzó como un pequeño grupo contra los abigeos y las guerrillas, pero llegó a tener más de 1.000 hombres en sus filas en Magdalena y Cesar. En 1999 fue cooptado por el Bloque Norte de las AUC.

Un informe del Observatorio de Derechos Humanos de la Vicepresidencia dice que Barrera –nacido el 14 de marzo de 1938 en Galán (Santander)– era uno de “los señores de la Sierra Nevada de Santa Marta” y formaba parte de la cúpula de las Autodefensas del Sur del Magdalena.

María Aurora lo conoció cuando visitaba las fincas de su padre en las vacaciones del colegio. De esa época recuerda que, cuando no eran más que ganaderos armados, Barrera le propuso a don Fernando –en plena bonanza marimbera– que sembrara marihuana. El padre de María Aurora rehusó la oferta y se desencantó de sus compañeros de lucha. Desde ese momento se dio cuenta, como se los dijo tantas veces a sus hijos, de que “esos hijueputas sólo quieren hacer plata”.

Y, como luego descubriría la familia de María Aurora, por plata moriría Fernandito. En una ocasión Augusto ‘Tuto’ Castro Pacheco, un lugarteniente de ‘Jorge 40’ –a quien don Fernando, dice ella, “le dio posada un día que llegó arruinado huyéndole a la policía”–, le había pagado por sus servicios legales con un tractor robado. El dueño del tractor, un señor de Valledupar, estaba presionando a la Fiscalía General de la Nación para recuperarlo. La Fiscalía ubicó el tractor y se lo pidió a Fernandito, pero él no lo quiso entregar hasta que ‘Tuto’ Castro le garantizara que le iba a responder por la deuda. ‘Tuto’ prefirió indisponer a su acreedor con ‘Jorge 40’, a quien no fue muy difícil convencer de que ordenara el asesinato.

Pero había un problema. Si Fernandito moría, don Fernando –a pesar de sus 74 años– no se iba a resignar a llorarlo y enterrarlo. “Fernandito era los ojos de mi papá”, recuerda María Aurora. Para evitar una venganza, ‘Tuto’ Castro tenía que garantizar que padre e hijo dejaran de existir. Además, si moría don Fernando, ‘Jorge 40’ y sus secuaces se quitarían una piedrita de adentro de sus botas, pues la prosperidad de este ganadero y la cantidad de empleados que mantenía eran un contrapeso para el poder paramilitar en esa zona.

Por eso, a ‘Amín’ y ‘Tolemaida’ se les ordenó acabar con don Fernando. Lo hicieron el domingo 5 de septiembre de 1999, a las 9 de la noche, en una gasolinera de Ariguaní (Magdalena).

—Acabamos de joder a Fernandito —le dijeron después de abordarlo.

—¡Ay mi madre! —respondió, con el corazón en el cuello.

Fue lo último que le dejaron decir a ‘El Cachaco’.

‘Tuto’ Castro

En su vida pública, ‘Tuto’ Castro fue colega de ‘El Cachaco’. Decía ser un exitoso ganadero de Ariguani, que provenía de una familia de políticos. Según confirmó Carlos Enrique Farelo Pinzón, actual Presidente del Comité de Ganaderos del municipio, ‘Tuto’ dirigió en dos ocasiones la Feria Ganadera de El Difícil (cabecera municipal de Ariguani), una de las más importantes del país. “Como ganadero, él contribuyó y trabajó bastante por el desarrollo del municipio”, dijo.

Castro recibió en 2002 un grado de inversión de parte de una calificadora de riesgo, una certificación que garantizaba a potenciales socios su idoneidad y seriedad en el negocio de la ceba de reses. Para obtenerlo, tuvo que someter su ganado y sus finanzas a una estricta auditoría. La firma BRC Investor Services, que emitió el documento, afirma que “los ganaderos son seleccionados con base en un riguroso proceso”, en el cual deben demostrar “comprobada moralidad y tradición” en la actividad.

Al mismo tiempo, era un poderoso paramilitar que, según un informe de la Procuraduría, conocía a ‘Jorge 40’ desde hace cerca de 40 años y fue colaborador del Bloque Norte hasta su desmovilización, ocurrida en marzo del 2006. Su labor fue servir como ‘agente inmobiliario’ del líder ‘para’, una labor que ejerció por medios violentos.

Mientras le conseguía tierras a su jefe, él mismo se enriquecía por medio del despojo de parcelas a campesinos. Desde 1996, labriegos del centro del Magdalena que habían obtenido terrenos gracias al Incora denunciaron que ‘Tuto’ Castro los intimidó, acusándolos de ser guerrilleros, para luego tomarse sus tierras o adquirirlas por precios muy bajos. Les hacían firmar papeles en blanco, los cuales luego eran usados para oficializar el traspaso de las propiedades en una notaría, las cuales casi siempre quedaban a su nombre.

En un informe, la ONG de derechos humanos Corporación Jurídica Yira Castro afirma que ‘Tuto’ Castro “manejaba los listados de las personas que iban a ser asesinadas” para acometer los grandes despojos. Esa fue la manera en la que, según el portal *Verdad Abierta*, el paramilitar “llegó sin nada a la región, y pronto se convirtió en un verdadero señor feudal que se sentía dueño de la vida de la gente”. Las víctimas

terminaban desplazándose de los pueblos y trabajando como obreros de construcción o empleadas domésticas en las ciudades cercanas.

El hermano de 'Tuto' Castro, el ex senador Jorge Castro Pacheco, fue condenado en mayo de 2010 a una pena de 90 meses en prisión por el delito de “concierto para promover grupos armados al margen de la ley”. La Corte Suprema de Justicia encontró al excongresista culpable de haber participado del llamado ‘Pacto de Pivijay’, firmado en 2001, mediante el cual 'Jorge 40' proclamó que el Bloque Norte apoyaría al también condenado exparlamentario Dieb Maloof en la campaña a las elecciones legislativas de ese año, quien sería la cabeza de la lista de los 'paras' al Senado.

Jorge Castro esperaba ocupar ese lugar, por lo que se atrevió a discutir fuertemente con Tovar Pupo. Según testimonios de Rafael García, un exfuncionario del DAS que les reveló a las autoridades cómo eran las relaciones entre las AUC y la clase política, 'Jorge 40' le pidió a 'Tuto' Castro que controlara a su hermano, quien al final aceptó la decisión de los 'paras' a regañadientes y de todos modos obtuvo su curul. La hermana de Jorge y 'Tuto', Carmen, fue alcaldesa de Ariguaní después del asesinato de los Jiménez, cuando fue firmado el ‘Pacto de Pivijay’.

Al momento de su desmovilización, Castro no tenía ninguna acusación judicial y quedó libre. Incluso, accedió en 2007 a negociar la devolución de algunas tierras con los campesinos desplazados y el Incodec. No fue sino hasta junio de 2010 que la Fiscalía del Magdalena ordenó su captura por el despojo de las tierras. Se le acusa de desaparición forzada, desplazamiento forzoso, falsedad en documento público y homicidio agravado. Fue capturado en Barranquilla en octubre de 2012.

Un reloj de talco negro

María Aurora odió a su padre. Fue el villano de su infancia, el culpable de sus primeras tristezas. En su visión del mundo, los negocios de don Fernando estaban primero. Frente a ellos, sus vicisitudes infantiles y su existencia misma eran poca cosa. “Nunca nadie fue a recoger mis calificaciones, ni me ayudó jamás a hacer una tarea”, recuerda.

Su abuela paterna, una mujer agria y dominante, la cuidó desde sus cuatro años. La mamá de María Aurora, menudita y negra, era el blanco de todos sus odios. Decía que

era “una costeña inmunda que no tenía ni pechos para alimentar a sus hijos”, juzgaba que todo lo que venía de ella era impúdico y vergonzante. Por eso se obsesionó con desmadrar a sus nietos: botó a la basura la ropa que les cosió y les regaló antes de irse, los desperdigó en varios internados durante su infancia para que su progenitora no los encontrara e intentó que transformaran su acento caribe, alegre y escandaloso, en la forma taimada de hablar de los bogotanos, pasito y arrastrando las eses.

María Aurora pasó años llorando en las noches, ardiendo de ansiedad por saber dónde estaba su madre. Volvió a saber de ella a sus 13 años, cuando le mintieron diciéndole que había muerto.

Tenía que morir la doña para que Fernando dejara de ser el tormento de María Aurora. Se reconciliaron en Nueva York, en la primera noche de un paseo invernal. Él le dio su primer regalo en 16 años: un reloj –“hermoso”, dice– de talco negro. Le tomó la mano por primera vez en su vida; el pretexto era enseñarle a leer el horario y el minuterero. Así, con sutileza, se ganó su confianza. Y en medio de la charla, cuando fue el momento, él le pidió perdón. Por su ausencia, por la de su madre, por esas noches de llanto y por el suplicio al que la condenó mandándola donde la abuela. Ella lo perdonó; esa noche espantaron juntos el frío.

Desde entonces, María Aurora sólo utiliza relojes con talco negro. Lo hace para recordar el día en el que su papá se convirtió en su cómplice. En lo que fue hasta que lo mataron.

El Fernando Jiménez Hernández que María Aurora empezó a conocer era un hombre “interesante, con muchos matices, que llenaba una habitación con su presencia”. Era alto y fornido; sus amigas le decían –aún en los últimos años de su vida– que “estaba bueno”. Como hombre de campo que era, hablaba y hacía las cosas sin rodeos. Y era allí, rodeado de su ganado, donde se sentía un ser completo. Era el amo y señor del arreo, del ordeño y del sacrificio. Sabía cuántas reses tenía y en qué lugar estaban. Sus palabras, cortas y punzantes, nunca eran desobedecidas: “en mi casa y en la finca se hacía lo que decía mi papá”, recuerda María Aurora.

Tuvo muchas mujeres. Y, tal vez por una venganza de la vida, tuvo ocho hijas. “Por eso mismo era jodido con nosotras”, dice María Aurora. Desde los tiempos en los que ella y sus hermanas vivían en una casona grande a donde iban y venían muchachos

que las pretendían, hasta el día en el que decidió casarse con el hombre más sano y correcto que alguna vez pudo imaginar, fue muy difícil que don Fernando aceptara a sus aspirantes a yernos. Esto hizo que a estas niñas bonitas les tocara espantar a un muchacho tras otro. María Aurora tuvo, además de su marido, un solo novio –“novio era el que le presentaba a mi papá”, aclara–. Lo conoció en el tercer semestre de la universidad. Él era un muchacho ostentoso que se creía de mejor familia; Don Fernando solo se reía cuando lo oía hablar. Luego le pondría los pies en la tierra. “Mijita, usted vale más que él”, le dijo con su acento saltarín y sus eses arrastradas. Logró desencantarla.

Pero contra las intenciones de Rodrigo, el marido de María Aurora, el suegro no pudo hacer nada. Cuando él se le declaró, ella ya era profesional. Don Fernando ya no podía temer que interrumpiera sus estudios. Ese médico y profesor universitario –y ahora pastor cristiano– no es un hombre de más de una mujer, ni un tipo inflexible ni voluntarioso. Nunca tendrá que empuñar un arma, ni que llegar al extremo de elegir entre su vida y la de otra persona. Su hija estaba en buenas manos. Ya no tenía que cuidarla.

Luego llegaron los nietos, y la devoción por el campo se unió a la devoción por la familia. Siempre trabajó para su prole, desde que llegó de Facatativá (Cundinamarca) hasta que lo mataron. A los ‘paracos’, a los “hijueputas que solo buscan enriquecerse” a costa de otros, no les importó. Los hijos de María Aurora ya no disfrutaban de nada de lo que su abuelo consiguió para ellos. Todo lo “hicieron fiesta” –dice ella– entre un puñado de manos untadas de sangre.

La venganza de ‘Chepe’ Barrera

La noticia de la muerte de los Jiménez frenó en seco las fiestas de El Difícil. Al funeral, en Barranquilla (Atlántico), llegaron buses llenos de gente de ese y otros pueblos. Muchas personas estaban agradecidas con don Fernando. Muchas familias habían dependido, padres, hijos y nietos, del trabajo que él les daba en las fincas.

María Aurora se arregló lo mejor que pudo para el sepelio. Se compró el vestido más elegante que encontró, se mandó a peinar y a maquillar y se puso uñas postizas. En vida, él se lo había pedido. Muchos años le insistió en que aprendiera a ponerle buena

cara al mal tiempo, en que mantuviera la dignidad hasta –y sobre todo en– el final. Ahora era cuando tenía que mostrar que había aprendido esa lección.

Enterrado don Fernando, llegaron las propuestas de venganza. ‘Chepe’ Barrera, el viejo vecino, hizo un escándalo de telenovela cuando se enteró. Le ofreció a María Aurora asesinar a sus verdugos, pero ella no aceptó. “Si eso me garantizara que mi papá va a resucitar, hasta lo pensaría”, le dijo. Como su padre, estaba determinada a no permitir que esos bandidos se enriquecieran a costa suya, ni que la utilizaran como marioneta para justificar sus marranadas. Sólo pudo impedir lo segundo.

Según María Aurora, una de las fincas de Fernando Jiménez estuvo ocupada por el papá de ‘Tolemaida’. Al parecer, otra la compró un testaferro de ‘Jorge 40’. La tercera, dice ella, fue ocupada por ‘Chepe’ Barrera, el vecino de toda la vida, quien un día la mandó a llamar para que le trajera firmados a su nombre los papeles de propiedad a cambio de una cantidad irrisoria de dinero. Cuando ella se negó, el vecino les ordenó a dos hombres armados que la sacaran arrastrada del campamento paramilitar. Ese día, ella creyó que la iban a matar.

No habría sido la primera vez que ‘Chepe’ hiciera supuesta justicia con su propia mano. Para algunos de los vecinos de sus fincas en el sur del Magdalena, Barrera era un campesino que se cansó del acoso de la guerrilla y tomó las armas para defenderse. Ellos dicen que llegó a la zona buscando fortuna en la década de 1980, y que recién llegado se enfrentó y desterró –con ayuda del Ejército– a una banda de abigeos. De acuerdo con el periódico *El Tiempo*, Barrera “se ganó a los pobladores de la zona porque a pesar de tener recursos económicos vestía sin ostentación, no usaba joyas y siempre tenía un consejo en la boca para los habitantes que lo consultaban”. Su prestigio se basaba en que él y su familia, según quienes decían conocerlos, no eran más que “gente de hacha y machete”.

Pero un informe del Observatorio de Derechos Humanos de la Vicepresidencia afirma que Barrera, nacido el 14 de marzo de 1938 en Galán (Santander), era uno de “los señores de la Sierra Nevada de Santa Marta” y formaba parte de la cúpula de las Autodefensas del Sur del Magdalena. Aún antes de su desmovilización, cuando todavía no se habían hecho las revelaciones del proceso de Justicia y Paz, ya se conocía una parte

de su historial delictivo. La Fiscalía lo acusaba por homicidio agravado con fines terroristas, concierto para delinquir y entrenamiento en actividades sicariales.

Barrera fundó en 1992 las Autodefensas del Sur de Magdalena, también conocidas como 'Los Cheperos'. En principio, se trataba de un pequeño grupo armado y entrenado para proteger a los ganaderos de los abigeos y las guerrillas. Sin embargo, pronto el grupo llegó a tener más de 1.000 hombres en sus filas en el centro y sur de Magdalena y en el Cesar.

'Los Cheperos' fueron cooptados por el Bloque Norte de las AUC en 1999. Carlos Castaño, fundador de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, negoció con Barrera y le hizo entregarle a 'Jorge 40' parte de los territorios que antes estaban en su poder.

Tras la fusión, la violencia en el Magdalena aumentó. Según la Policía del departamento, las masacres con tres o más víctimas pasaron de 42 en 1998 a 45 en 1999 y a 116 en 2000. Un poblador de la zona, citado en un informe de la Vicepresidencia, decía que aumentaron los “desplazamientos de la población civil con la llegada de alias ‘40’ a la región. (...) Ahora hay muchas muertes, sobre todo los fines de semana encuentras tres y cuatro cadáveres en las esquinas”. Además, bajo el poder de las AUC la zona se convirtió en un corredor de paso de drogas desde el sur de Bolívar hacia la Sierra Nevada de Santa Marta.

Su desmovilización se produjo luego de que fuera capturado por el Ejército en octubre de 2004. Tras esa acción, el Gobierno expidió la Resolución 262 del 30 de noviembre de ese año, en la que le reconoció a Barrera “la calidad de miembro representante” de las AUC, con lo cual –de acuerdo con la Ley 782 de Justicia y Paz– se suspendían las acciones legales en su contra. El 4 de diciembre de 2004, Barrera se desmovilizó junto a 47 de sus hombres y entregó 41 armas en el corregimiento de Pueblito de Los Andes, en Santa Ana (Magdalena). El entonces Alto Comisionado para la Paz, Luis Carlos Restrepo, dijo en esa ocasión que el presidente Álvaro Uribe firmó el acta en reconocimiento del “gesto de paz” de Barrera al renunciar a la lucha.

Barrera fue liberado más de un año después de su desmovilización, el 4 de octubre de 2006. Según el entonces ministro del Interior, Sabas Pretelt de la Vega, el paramilitar no había cometido delitos de lesa humanidad, por lo que estaba cobijado por

los beneficios de la Ley 782. En febrero de 2005, *El Tiempo* ya había dado a conocer que Barrera seguía viviendo en la finca en la que se desmovilizó, rodeado de 300 hombres y de varios líderes 'paras' que en ese momento seguían activos.

Luego de todo esto, una parte sustancial de su prontuario seguía sin ser develada. El bloque a su cargo tiene 281 víctimas registradas en el Sistema de Información de Justicia y Paz. Los relatos de algunas de esas víctimas pusieron en duda las razones que dio el Gobierno para beneficiarlo por Justicia y Paz y, por el contrario, muestran indicios de la sevicia con la que delinquía. Según testimonios recogidos por el parlamentario Iván Cepeda, el jefe paramilitar tenía un caimán para devorar los restos de sus víctimas en una finca en Mompo (Bolívar).

Pero lo que finalmente hizo que la justicia actuara en su contra no fue eso. La Fiscalía logró demostrar que su fortuna no solo se debía al hacha y el machete.. Aunque en 2004 declaró tener un patrimonio líquido de aproximadamente 2.208 millones de pesos, según la desaparecida revista *Cambio* Barrera ocultó con testaferros la mayor parte de sus bienes, obtenidos gracias a sus actividades ilegales.

La Fiscalía le expropió con fines de extinción de dominio “19 bienes inmuebles localizados en el departamento de Magdalena, cinco en Bucaramanga, y en Bogotá un apartamento, un vehículo y un establecimiento de comercio”. El valor de estos inmuebles asciende, de acuerdo con *Cambio*, a más de 14.000 millones de pesos. Así mismo, se ordenó su captura por un proceso por homicidio y se reveló que está acusado de varios delitos.

Tras la imputación, el paramilitar está prófugo de la justicia y su paradero es desconocido. El gobierno venezolano capturó en 2013 a tres de sus supuestos colaboradores, lo que –según un comunicado de prensa oficial–, “ratifica” la presencia del “líder narcoparamilitar” en ese país. En el documento, se afirma que “las labores de inteligencia y contra inteligencia permitieron descubrir evidencias” de “la pernocta ocasional” de Barrera en suelo venezolano.

Y mientras tanto, en muchos de los pueblos donde solía delinquir en Colombia le siguen temiendo.

“No hagas nada. Te van a joder”.

Las autoridades tampoco le dieron ninguna esperanza. Cuando María Aurora acudió al Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) –el organismo encargado de la seguridad nacional–, Emilio Vence Zabaleta, entonces funcionario de esa entidad, le hizo una sugerencia aterrizante: “no hagas nada, te van a joder”. Vence fue acusado de propiciar ejecuciones extrajudiciales y estuvo en la cárcel desde 2005 hasta 2007, pero su caso finalmente se cayó y está libre.

La familia, aterrizada por las advertencias policiales, se quedó en silencio. Se resignó a que el legado de don Fernando fuera cosa del pasado. Recuperarlo es, para ellos, una apuesta demasiado alta. Lo que importa ahora es el futuro de los más jóvenes, que apenas despiertan a la vida y no son conscientes ni culpables de la sangre que corrió detrás de ellos. Pero no hacer nada es actuar como si esas muertes no le hubieran importado a nadie. Es, en palabras de María Aurora, “como si se hubieran muerto un par de perros; enterrémoslos y ya”.

Los Jiménez tienen un mantra desde entonces: la vida continúa. Lo repiten todos los días ante la tentación de romper el bajo perfil y abrir la boca, o ante el dilema cotidiano que enfrenta a la justicia con la supervivencia. ¿Que los ‘paracos’ siembran coca en las tierras de la familia mientras hay que pedir prestado para pagar el arriendo? La vida continúa. ¿Que los asesinos están impunes y –según María Aurora– dicen a los cuatro vientos que don Fernando se buscó su muerte? La vida continúa. A cuentagotas, pero continúa.

Los hermanos de María Aurora sobreviven en Estados Unidos, mientras ella está en Bogotá y dirige con su esposo una iglesia cristiana. Sus hijos Aarón y Salomón, y su perro Álex, viven y crecen en una casita estrecha al norte de Bogotá. Tiene tres fotos de su familia en la sala. Ninguna de su padre. Aún no se aguanta el dolor de verlo.

Todo por la tierra

Viéndolo en retrospectiva, el crimen de los Jiménez fue parte de la estrategia de 'Jorge 40' para adueñarse de las mejores tierras de su área de influencia. Según un cable de la embajada de EE. UU. en Bogotá, emitido en enero del 2007 y revelado por *Wikileaks* en 2011, el computador confiscado a 'Don Antonio' –un hombre de confianza

de 'Jorge 40', que registraba el quehacer político y militar del Bloque Norte— “contiene información de “compras” de entre 2,5 y 6 millones de hectáreas”. Muy pocas de esas “compras” eran transacciones comerciales legítimas. Como en el caso de las haciendas de Fernando Jiménez Hernández, casi todas se realizaron a través de la coerción violenta.

La expansión comenzó en 1997, cuando 'Jorge 40' llegó a Chivolo (Magdalena) con el objetivo de establecer allí su base de operaciones. En una audiencia de Justicia y Paz realizada en el 2011, 'Tolemaida' contó cómo Tovar Pupo se adueñó de la finca 'La Pola', entonces en poder de cerca de 200 familias de campesinos. “Reunió a todos los jornaleros y les dio un ultimátum: se van o se mueren”, relató el ex lugarteniente de '40'. Tras el asesinato de al menos 12 de ellos, “los demás campesinos no esperaron el plazo y procedieron rápidamente a dejar las tierras”, según consta en un documento de la Corte Constitucional. Luis Villa, líder de los campesinos despojados por '40' en ese municipio, cuenta que tras el despojo el jefe paramilitar “arrancó casas y corrales, puso cercas eléctricas y metió cinco mil reses” en esas tierras, cuyas áreas sumaban —según el documento— 2.314 hectáreas.

Luego siguió la expansión territorial, que se llevaba a cabo a veces desplazando campesinos, y a veces comprando las tierras a otros ganaderos. Cuando 'Jorge 40' no era el propietario directo de alguna hacienda, sus hombres de todos modos contaban con autorización para utilizarla. Según 'Tolemaida', los 'paras' se hospedaban en las fincas de la región sin ningún obstáculo. “Uno llegaba porque operaba en la zona. Pedíamos cosas y el administrador las entregaba”, cuenta.

'Jorge 40' consolidó su expansión territorial cuando logró que las autoridades le reconocieran la propiedad de una buena parte de las tierras que se robó. Lo hizo con la complicidad de funcionarios del Instituto Colombiano para el Desarrollo Rural (Incoder) en el Magdalena, quienes —según 'Tolemaida' y otro testigo anónimo— se reunieron con los jefes 'paras' en varias ocasiones para concertar la estrategia.

Los campesinos habían conseguido las tierras a través de la legislación de la reforma agraria y, por lo tanto, tenían la obligación legal de explotarla, no abandonarla y no venderla. Cuando eran desplazados por los 'paras', el Incoder les quitaba la propiedad de la tierra argumentando —según el portal *Verdad Abierta*— que “abandonaron la tierra o incumplieron con el pago de un crédito que les otorgaron quince años atrás”. Esas

mismas tierras luego eran adjudicadas a personas cercanas o a testaferros de 'Jorge 40', y en la práctica quedaban en poder del líder paramilitar.

Estas operaciones estaban concentradas en 12 municipios en los que –según cifras de Acción Social de la Presidencia de la República– al menos 199.746 familias fueron desplazadas entre 2000 y 2009 por el accionar paramilitar. Según una investigación de *Verdad Abierta*, “entre febrero y marzo de 2003, el Incora revocó la adjudicación de 134 predios”. Entre 1996 y 2002, afirma el portal, “apenas se habían revocado los títulos de 80 predios”. No hay cifras exactas sobre las áreas que fueron objeto de esta estrategia, pero se estima que se trata de miles de hectáreas.

El entonces gerente del Incoder en el departamento, José Fernando Mercado Polo, afirma que nunca tuvo conocimiento de estos desplazamientos, ni de que 'Jorge 40' estuviera usando la violencia para robar tierras. También asegura que cada una de las expropiaciones y adjudicaciones están debidamente sustentadas en constancias escritas, pero estos documentos –según *Verdad Abierta*– “han desaparecido misteriosamente y ni siquiera la Fiscalía los ha encontrado”.

El esclarecimiento de estos hechos ha hecho posible que, después de tantos años, se haga un poco de justicia. En febrero del 2011, Mercado Polo y otros cinco funcionarios del Incoder fueron acusados por la Fiscalía y enviados a prisión. Pocos días después, en marzo de ese año, el entonces ministro de Agricultura, Juan Camilo Restrepo, entregó a sus legítimos dueños 4.000 hectáreas de estas tierras usurpadas, repartidas en 150 predios. Sin embargo, nadie les va a devolver a las víctimas los años que pasaron como desplazados en las goteras de las ciudades.

La antesala

Ese 20 de febrero, María Aurora estaba en Barranquilla enterrando a su suegro y solucionando algunos asuntos. Mientras hacía fila en el edificio Rodrigo Lara Bonilla, la sede de la justicia en esa ciudad, se enteró en un periódico de que 'Jorge 40' estaba rindiendo una versión libre en ese mismo sitio. Le entraron ganas de verlo.

La relación de María Aurora con su verdugo ya no era enfermiza; ya no le causaba la extraña fascinación de antes ni le importaba oírlo nombrar en las noticias. 'Jorge 40' fue arrastrado de su mente por la corriente constante de la vida. Ya lo había

perdonado, y lo único que le hacía falta para liberarse para siempre de su embrujo ponzoñoso era decírselo a los ojos.

Cargando con la desidia de su esposo —que siempre ha querido protegerla de sus recuerdos—, hizo que la dejaran entrar hasta el lugar donde él estaba. En medio de una montonera de víctimas, tuvo la suerte de que una funcionaria la confundiera con una 'doctora' y le permitiera ingresar sin siquiera revisarle la cartera. Ya adentro, le dijo a la fiscal de Justicia y Paz, Deicy Jaramillo, que quería entrar a perdonar a 'Jorge 40'.

Deicy, con un asombro casi obscuro, le respondió con una pregunta:

—“¿Estas loca?!”

“Te perdono”

El mundo de las Unidades de Justicia y Paz es una ginecocracia. Todas las funcionarias son mujeres: desde la que toma las declaraciones y les informa a las víctimas de sus derechos hasta la que les sirve las aromáticas mientras llora con ellas. El rol masculino se reduce a proporcionar seguridad, a poner el puro y bruto músculo. Pero a fuerza de tener que manejar con mucha premura asuntos tan delicados, hace rato que estas damas perdieron la tan femenina capacidad de la sutileza.

Deicy, por ejemplo, estaba despeinada y tenía el maquillaje corrido. Hablaba con altanería, despachaba con la misma aspereza a un periodista inoportuno y a una víctima desesperada. Quizás esa sea su forma de defenderse de la rabia incubada por las víctimas durante años de impotencia, que liberada de la presión, sale disparada al frente del victimario como el corcho de una botella de champaña.

Pero esta vez fue diferente. Deicy cambió su hosquedad por una extraña nobleza. Buscó a '40' y en voz baja, como recién regañada, le pidió que recibiera a la mujer que venía a perdonarlo. El victimario accedió.

—Yo a ti te conozco —le dijo '40', soberbio y humillante, a María Aurora antes de que ella empezara a hablar.

—No señor, usted no me conoce —le respondió ella, haciendo un esfuerzo para no perder la serenidad. Nunca le diría que ella sí lo conocía mucho. La diligencia de

perdón se haría, ya lo había decidido, en el tono burocrático al que tienen que reducirse las tragedias para ser oídas en los despachos oficiales. Era un asunto de dignidad: no quería descomponerse frente a su verdugo, no iba a darle el lujo de que viera las cicatrices de todos esos años de duelo. Quería mostrarle que no fue capaz de acabar con ella. Que había sido más fuerte que él.

María Aurora empezó entonces a contarle esta historia. Lo hizo planamente y sin inmutarse, como quien da un informe rutinario sobre el clima o el tráfico de la ciudad. No parecía que se tratara de la tragedia de su vida: no les permitió a sus lágrimas escapar de sus ojos, ni a sus sentimientos desanudarse de sus tripas. Estaba ganando el juego que ella misma había planteado.

El verdugo siguió diciendo que no recordaba nada. Incluso, como si la cosa no fuera con él, se tomó el atrevimiento darle un pésame genérico, tal como dicta la cortesía. Ahí fue cuando el estómago de María Aurora se desató. Mandó al diablo la sobriedad. Ella ahora era rabia pura, dolor puro. No pudo contener sus gritos ni sus lágrimas.

—“¡Muerto el perro se acabó la sarna!”. ¡Eso les dijo usted a mi hermano y mi madre, cuando fueron a pedirle explicaciones!

‘Jorge 40’ se derrumbó. Si había sido cierto que al principio del encuentro no recordaba nada, ahora actuaba como si su memoria lo hubiera apuñalado por la espalda. Sus murallas colapsaron, su tormenta interior quedó desnuda: empezó a temblar, su rostro se enrojeció, su gorra se cayó de su cabeza. Su parca frialdad se convirtió en torrentosa vergüenza. Ya no era dueño de sí mismo, y María Aurora le dio la estocada final.

—Vengo a perdonarte.

Quien rompió el llanto y la abrazó ya no era ‘Jorge 40’, el hombre soberbio y todopoderoso que disponía de la vida y los bienes de quienes se le atravesaban. Era Rodrigo Tovar Pupo, el pobre tipo atribulado por la miseria que él mismo había desatado.

—Dile a tu familia que me perdone.

—Yo ya te perdoné. Nosotros ya te perdonamos.

De cómo Yerson Castellanos volvió a montar en bicicleta

Yerson Castellanos estaba estrenando pierna izquierda. Nada nuevo para él; era la cuarta prótesis en los últimos tres años. Es más: habrá una quinta, una sexta, una séptima. Y así, hasta que su cuerpo, que a sus 13 años crece como planta en tierra fértil, alcance sus medidas definitivas.

Tener una pierna más corta que la otra no solo le causaría cojera. También lo condenaría a las consecuencias de la cojera: una retahíla de burlas, apodos, estigmas adolescentes y pequeñas humillaciones; cosas que a esa edad se sienten como latigazos en la espalda. Además estarían los efectos secundarios: problemas para su columna vertebral, su cadera y sus músculos.

Así que Yerson no tiene opción. Debe embarcarse en esta carrera contra sí mismo, en la que, como el galgo que persigue el señuelo del canódromo, siempre estará en desventaja.

Lo último en que lo que solían pensar, él y quien lo viera sentado en el sillín, era en la ‘pata de palo’. Solía ser imperceptible, indistinguible del resto de su cuerpo. Pero esta vez una pequeña muesca del nuevo implante quedó mal acoplada al muñón. Cada vez que Yerson flexionaba su rodilla para pedalear, lastimaba la parte posterior de su muslo. El dolor, a juzgar por sus gestos, no era poca cosa.

Yerson esperaba superar este nuevo escollo como siempre: cabalgando sobre su fuerza de voluntad. Lo intentó por semanas. Se deprimió un poco, no era el de antes. En silencio lamentó su suerte, su destino; lo que fuera que hizo que el 23 de junio de 2008 tomara un atajo para llegar a su casa.

El accidente

Yerson no recuerda si hacía calor o si hacía frío. Solo recuerda que eran las 6:30 de la tarde de ese lunes y que estaba con su mamá, Leonid Clavijo. La acompañaba a buscar un señor que le debía un dinero. No lo encontraron ni en su casa ni en su trabajo. “Ya estaba tarde y había un camino que llevaba rápidamente a la casa”, cuenta el niño.

Estaban en la vereda Mundo Nuevo, en Icononzo (Tolima), e iban a Cabrera (Cundinamarca). Lo tomaron.

Leonid no desconfió. “Decían que los petroleros hicieron ese camino. La gente pasa por él para cazar animales o para ir a sus cultivos”, relata ella. En medio del trecho había un bosque. “En ese bosque había un árbol grande, enorme. Tenía dos raíces salidas”, recuerda Yerson. La mina antipersonal estaba ‘sembrada’ entre las dos raíces.

El estruendo lo derrumbó. Lo único de lo que tenía conciencia era del pito agudo que venía de adentro de sus oídos. Cuando volvió en sí se encontró con su madre, que apenas se reponía del susto.

—Mami, no siento la pierna izquierda.

—No es nada, mijo —le respondió ella. Esperaba no estar equivocada.

Ella lo revisó. Encontró un amasijo de sangre y carne muerta donde debía estar la bota izquierda del niño, y comenzó a llorar.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó Yerson tan pronto se dio cuenta de que algo estaba mal.

Leonid hizo acopio de toda la entereza de la que era capaz.

—Mijo, usted perdió su pierna.

Yerson comenzó a gritar todas las groserías que se sabía. Sus lamentos no eran producto del dolor físico; todo lo que su cuerpo sentía —dice él— era “un cosquilleo en la pierna”. Se trataba, más bien, de los primeros agujonazos de algo más profundo, que aun no puede definir con palabras. De algo que, sin embargo, queda dicho con el suspiro con el que interrumpe este relato.

Mientras tanto, Leonid envolvió la herida con un pañuelo. Se quedó en el sitio confiando en que alguien, un campesino o un militar de la guarnición que está a media hora de camino, hubiera escuchado el estruendo y acudiera en su ayuda. Además, donde hay una mina hay varias más, y otra explosión podría consumir la tragedia.

Pero su paciencia campesina la traicionó: tres horas después no había aparecido nadie. Entonces decidió echarse a Yerson en la espalda y salir a la carretera, guiada solo por el chorrillo de luz que emanaba de la Luna. Se armó de piedras y palos, que arrojaba hacia adelante para asegurarse de no pisar otro artefacto. “Donde caía el palo ella pisaba;

donde caía la piedra, ella pisaba”, recuerda Yerson, que a esas alturas aún estaba consciente.

Llegaron a un sitio donde había tres casas y un carro estacionado. Allí vivía un conocido de la abuela de Yerson. Leonid golpeó la puerta; los perros comenzaron a ladrar. Apareció primero la esposa del hombre, luego él. Ambos estaban dormidos.

“Le dije que podía hacerme el favor de sacarme en el carro –recuerda Leonid–. El niño se tronchó el pie y no puede caminar”. El hombre se negó: afirmó que el carro estaba averiado –lo que era cierto– para ocultar su temor. No quería arriesgarse a ser señalado en medio de una zona de guerra. Cualquier auxilio, por elemental y humanitario que sea, puede ser interpretado por el otro bando como una muestra de complicidad.

A Leonid solo le quedaba una opción. Miró a los ojos a la esposa del hombre. Le dijo la verdad: “A Yerson lo ‘cogió’ una mina”. Ella se conmovió. Siendo madre, quizás pudo entender a la pobre mujer que tenía al frente. Subió corriendo por un ‘leggings’ –una especie de pantalón elástico para mujeres– y lo ató al muñón de Yerson.

El hombre no se movió un centímetro. “No, yo no me voy a meter. Yo a usted no la conozco, y problemas no quiero”, respondió, según relata Leonid. Como explica ella, “el miedo es porque uno hace y otro es el que paga. Que por ayudar, entonces también termine implicado”.

Pero su esposa tampoco transigió y logró convencerlo. El hombre sacó el carro, dañado como estaba, y condujo a Yerson y a Leonid hacia el puesto de salud. Pero no alcanzó a llegar sino hasta el caserío de diez casas, a medio camino entre su casa y el dispensario médico, donde vivían Leonid y Yerson.

A pesar de que la medianoche ya había pasado, la llegada del niño causó un alboroto. El único carro disponible, propiedad de una pareja de hermanos, tenía el tanque vacío. Había que despertar a la persona que podía venderles combustible: “La gente se empezó a mover, el uno le dijo al otro y consiguieron la gasolina”, recuerda Leonid.

Yerson, sintiéndose por fin a salvo, se quedó dormido en medio del camino. Todavía no le dolía nada.

Aislados

Cuando llegaron, a las 3 de la madrugada del martes, los médicos espantaban el sueño como podían. Quizás por eso, lo único que pudieron hacer allí por Yerson fue ganar un poco de tiempo. Le lavaron la herida, le pusieron un vendaje –que no pudo impedir que siguiera desangrándose– y llamaron una ambulancia.

Cuando llegaron a Fusagasugá –un pueblo a hora y media de camino, en cuyo hospital sí podían atenderlo– ya había amanecido. Allí los médicos le repusieron la sangre y amputaron del tobillo hacia abajo, cerraron la herida y remodelaron los huesos que le habían quedado. El resto de su pierna parecía intacto y su recuperación, creían, era cuestión de tiempo. Pero se despertó con dolor y fiebre.

Los médicos le dieron antiinflamatorios y analgésicos: lo de siempre. Pero Yerson no mejoraba. Ya deliraba y el muñón comenzaba a ponerse color gangrena; un púrpura leve que pronto tornaría en negro podrido. Había que evitar que la infección se propagara, y había que hacerlo truncando su camino. Le amputaron hasta la mitad de su tibia, pero fue inútil. La necrosis les estaba ganando la carrera; en Fusagasugá no podían ir más rápido. De nuevo, al niño y su madre les tocó salir corriendo.

Su arribo al Cardiovascular del Niño, en Soacha (Cundinamarca), fue a la 1 de la mañana del 29 de junio. Era domingo antes de lunes festivo, por lo que –según Leonid– los atendieron poco y mal. “A él casi no lo valoraron. Se suponía que venía de emergencia, pero los exámenes los vinieron a tomar el martes”, recuerda. Les asignaron un cuarto aislado y les pidieron mantener las distancias: no podían hablar con nadie, salir de la habitación ni quitarse el gorro y el tapabocas. “Hasta teníamos que usar un baño privado”, cuenta.

Temerosos de infectarse, los galenos se dedicaron a hacer su trabajo a distancia. Trataban a Yerson como un experimento en un microscopio, como un animal peligroso enjaulado en un zoológico. El único contacto entre médico y paciente era una planilla que siempre estaba colgada afuera del cuarto. Leonid cuenta que el doctor pasaba, la revisaba, hacía anotaciones en ella y daba órdenes que las enfermeras ejecutaban de mala

gana, cubiertas de pies a cabeza por una bata. Él ni se asomaba: el niño no le conoció la cara sino a los 15 días de estar en el hospital.

Los resultados de los exámenes no eran concluyentes. El doctor, cuenta Leonid, “no daba explicaciones ni quería decir nada”. A los cinco días de su llegada decidió encararlo.

—¿Qué le pasa a mi hijo?

—Tiene una infección en la sangre.

—¿Qué infección es?

—Hay que esperar. Le vamos a seguir haciendo pruebas y estamos vigilando su evolución.

—¿Tiene VIH? —preguntó la madre, que temblaba de pies a cabeza —¿En la transfusión de sangre que le hicieron se contaminó?

—No señora.

—Entonces, ¿qué tiene mi hijo?— Su desespero crecía con cada pregunta irresuelta, con cada evidencia de la incertidumbre.

—Una infección, señora —contestaba el médico, sin responder.

Más allá de esas vaguedades, para Leonid todo era un misterio. No sabía qué bicho era, ni por qué se había contagiado con él. Se sentía desamparada. La gente del hospital la trataba —dice— “como un plástico”. No le hablaban, no la miraban, la evitaban como a un estorbo. Lo más parecido a una noticia era lo que alcanzaba a oír de los corrillos de las enfermeras: que a Yerson le quedaban 15 días de vida.

Si eso pasara, si a ella le tocara enterrarlo, el velorio y el sepelio iban a ser una pesadilla: ni siquiera podría mentar el nombre del asesino, ni responderle a quien le preguntara por las razones de la muerte. Estaba llena de preguntas. ¿Por qué los médicos le seguían haciendo tratamientos a Yerson, si ya lo creían desahuciado? Es más, ¿por qué se iba a morir? Si era verdad que estaba en sus últimos días, ¿por qué no le daban a ella la noticia oficialmente, para que se preparara? ¿Por qué la trataban así?

Mientras tanto, al niño lo seguían bombardeando con antibióticos. Pero la bacteria no se inmutaba. En vista de eso, los médicos le amputaron otra porción de su

pierna. El nuevo muñón, 10 dedos abajo de la rodilla, seguía cubierto de pus y plagado de ampollas.

Yerson vivía esto sumergido en el dolor. Gritaba y lloraba; eran sus únicos recursos. Las enfermeras no lo auxiliaban. La única respuesta que Leonid obtenía a sus pedidos de ayuda era una orden cuartelaria: “¡duérmalo!”. Ella hacía entonces lo único que podía. Lo alzaba, lo movía, jugaba con él. Si el mundo real era así, la única solución era escaparse.

Yerson sabía cómo. Conocía el camino de ida hacia otro lugar; había estado en él mientras le hacían su primera cirugía. Había bajado por sus escaleras, que descendían en zigzag, y caminado por sus pasillos largos y llenos de puertas. Sabía cuál de ellas era la que daba al refugio del anciano: un hombre pequeño, barbudo y rechoncho que siempre tenía una bata y vivía debajo de un árbol de manzanas. Había nadado en sus aguas cristalinas, respirado su aire limpio y contemplado sus nubes recostado sobre el césped.

El delirio era lento y melifluo. El regreso, casi siempre, intempestivo: “¡despiértese!”, le decían Leonid o los doctores. Y en cuestión de segundos –como él relata– “todo se encogía, desaparecía”.

A veces ni siquiera tenía energías para volver allá. Cuando eso pasaba, a Leonid le tocaba arreglárselas con lo que tenía a la mano en el mundo real. Lo cargaba hasta la ventana, esperando que la vista lo calmara. “Imagínese que está allá, en ese árbol. Que va corriendo por ese filito”, le decía. Intentaba que Yerson se fijara en el color de los muebles, la forma de los bombillos, la pintura de las paredes; nimiedades cotidianas convertidas en maravillas por la fuerza de la necesidad. Eran escapes engañosos, momentáneos: el dolor siempre regresaba.

“¿Yerson Castellanos no se ha muerto?”

La hostilidad de la gente del hospital empeoraba todos los días. Especialmente la de una de las dos enfermeras jefes: era una pesadilla, una pared contra la que rebotaba su frustración. Al principio se limitaba a hacerle mala cara a Leonid y a tratar de mantener su distancia, pero, llegado el día, se rehusó a lavar la herida de Yerson cuando su venda se mojó en la ducha.

—¿Qué cree, mamá, que yo le voy a lavar esa ‘pata’ toda vuelta nada? ¡Qué asco!

—¡Pues yo misma le hago las curaciones! —dijo Leonid nublada por la ira, sin pensar mucho lo que decía— Compró en la calle todos los materiales y la hago.

—Usted verá si se mete en problemas, si lo contamina más.

Leonid corría el riesgo de que la bacteria entrara a su propio cuerpo, pero no le importaba mucho. Tampoco era cuestión de que no supiera cómo realizar las limpiezas, pues había visto varias veces lo que hacían las enfermeras y creía que podía repetirlo ella misma. Salió, compró la gasa y el yodo. Pero en el camino se calmó, lo pensó mejor. Le tocó aceptar que la enfermera biliosa tenía razón; una uña traicionera o una mano mal lavada podrían complicar la infección y empeorar aún mas la herida. Así que se limitó a quitarle la venda y dejarla escurrir.

Ese día Yerson conoció su muñón desnudo, descarnado. Lo que vio entonces lo impresionó, recordar la escena todavía lo aturde. Abre mucho los ojos, desvía la mirada, frunce el ceño, se echa un poco para atrás; hace los gestos de quien evita ver algo de frente. Las palabras le salen más cortas que siempre: “Alcanzaba a salir un poco de carne... Se veía eso rojo”. Luego mira al piso.

Una mañana de lunes, el doctor llegó. Revisó la planilla, hizo cara de asombrado. Le disparó a la enfermera una pregunta envenenada: “¿Yerson Castellanos no se ha muerto?”. Leonid lo escuchó y perdió los estribos. Ella lo volvió a encarar, él le volvió a responder cualquier cosa.

Ella se fue, con paso frenético e hirviendo de rabia, al despacho del director del hospital. Pensaba obtener sus respuestas a gritos. “Le golpeaba la reja, la puerta, le preguntaba qué es lo que pasa”, cuenta. El director le dijo lo de siempre: la infección, los exámenes, la evolución. Otra retahíla de evasivas, pensó ella. Decidió llamar al Bienestar Familiar, cuyos funcionarios no escucharon nada diferente. Lo único que logró tras el episodio fue que a Yerson le quitaran el televisor.

La posibilidad de que Yerson muriera la tenía a milímetros del colapso. Además, se le estaba descuadrando el resto de su vida. Para estar al lado de su niño tuvo que dejar a sus otros hijos con su abuela y sus tíos, y pronto aparecieron los problemas. Los pequeños comenzaron a quejarse: “me quitaron el juguete, mi primo no me deja hacer tal o cual cosa...” Además, su cuñada estaba cansada de atenderlos, pues desde su llegada

le tocaba cocinar y lavar el doble. Leonid escuchó sus reclamos, pero aparte de amargarse no podía hacer gran cosa. No era el peor entre sus problemas.

Pronto se cansó de resistir, de hacer de columna y cimiento. Dejó de dormir y duró cinco días sin probar bocado. La vida se le estaba volviendo insoportable, la paranoia no la abandonaba y sus fuerzas se agotaban. “Eso fue un caos al final –relata–. Me estaba volviendo, ¿cómo se dice? Loca”.

Un día tuvo que salir por unas horas del hospital. Hizo algunas diligencias, regresó apenas pudo, entró al cuarto, no vio al niño en la cama. El grito le salió del alma: pensó que Yerson estaba en la morgue o en la sala de autopsias.

Él le respondió con una risita leve, desde el piso, donde estaba arrastrándose sobre un cojín. Tenía que ir al baño y no le pidió ayuda a nadie. Lo estaba disfrutando; hacía mucho tiempo que no hacía nada por sí mismo. La broma, que no había planeado, le había salido bien.

Había que aprovechar: eran pocos los motivos para sonreír. Yerson se sentía un poco mejor, pero los médicos decían que empeoraba. La infección avanzaba incontenible y, según ellos, tocaba hacer otra amputación, esta vez hasta encima de la rodilla. Si fracasaban y la enfermedad volvía a ganar, el próximo corte sería arriba del muslo. Y ni aún así se podía estar seguro de que sería suficiente.

Cuando Yerson estaba a punto de entrar a su nueva cirugía, los médicos se dieron cuenta de que la infección estaba retrocediendo. Parecía magia: la pus en su herida casi había desaparecido, y las pústulas de su rodilla –evidencia de que la infección había avanzado– ya no estaban ahí. Doctores y enfermeras se miraban atónitos, quizá atragantándose con los pronósticos que hacía días habían lanzado tan tranquilamente. La operación se canceló. Yerson no iba a perder su rodilla.

Leonid atribuye la recuperación a unos productos naturistas que le hacía tomar a Yerson. Los metía de contrabando, etiquetados como “jugos naturales”. También da crédito a la panela con tomate machacado que le untaba en la cicatriz, dice ella que para ayudarlo a desinflamar. Madre e hijo se aferraban a esos remedios con ilusión; en su situación valía la pena intentar cualquier cosa que representara una esperanza. No hay cómo saber a ciencia cierta la eficacia de estos preparados, pero no importa. Yerson siguió recuperándose, hasta que lo logró.

Había pasado 21 días en el infierno, pero –por fin– tenía al frente la puerta de salida. Tras un último lavado y unos puntos, fue dado de alta. Su vida se había salvado.

El exilio

Sin tener un lugar en Bogotá, Yerson y su mamá comenzaron a vivir como nómadas. Su primer destino fue el salón comunal de un barrio popular. Llegaron allí gracias a que la administradora, una prima de Leonid, los dejó quedarse. Era un sitio frío e estrecho, donde a menudo los desvelaban el ruido y el humo de las fiestas. Pero Leonid no se quejaba; era mejor que la calle. Al menos podía cuidar al niño sin que nadie la molestara.

Duraron un par de semanas allí, hasta que los sacaron corriendo. El Bienestar Familiar los visitó. Dictaminó que si Yerson seguía viviendo ahí, podría enfermar de nuevo. La solución que les ofrecieron fue irse a un albergue de la Cruz Roja. Leonid comenzó a hacer maletas, pero llegó una llamada. Era la Fundación Colombianitos, que le ofrecía un refugio con mejores condiciones en Chía, un suburbio de Bogotá. Solo era por 15 días, pero el niño podría recuperarse sin riesgos. Aceptó.

Allí la madre tuvo un respiro. Por fin pudo hacer planes: “Después de que el niño tenga vida –pensaba–, ojalá vaya a estudiar, así lo recoja la ruta y vaya en muletas”. Incluso ideaba maneras de obtener los aparatos. “La silla de ruedas me la consigo: voy a la Alcaldía y pido que me la donen, o que me contacten con alguien que tenga una”.

Leonid creía que su periplo en Bogotá no iba a durar mucho tiempo. En sus cálculos estaba regresar a Cabrera y retomar la vida sencilla que tan bien sabía vivir. No quería tener que criar a sus hijos en una ciudad que ya conocía y no quería. Pero eso no iba a ser posible.

La gente que llamaba a preguntar por Yerson le llevaba a Leonid un recado siniestro: “la están buscando para matarla, dicen que usted estaba poniendo minas”. A ella le parecía inconcebible que se hubieran inventado semejante desvarío, todo el mundo en el pueblo sabía quién era, y que se dedicaba a las ventas por catálogo de productos de belleza.

En medio de eso tuvo que ir al pueblo; debía expedir unos papeles y atender unos asuntos. Todo el mundo allá le sugería que se fuera rápido, que no se arriesgara, que la estaban buscando y la tenían en la mirilla. Hizo todo tan pronto como pudo. Mientras sacaba fotocopias, un militar se le acercó y se quedó mirándola. Leonid pensó que había llegado su hora, temió que el tipo se la llevara para asesinarla quién sabe de qué manera. Pero siguió en lo suyo, con una tranquilidad de la que no se sabía capaz. Al rato llegó otro soldado, le susurró algo a su colega. Se dieron media vuelta y salieron del lugar. Ella pagó sus copias y se fue caminando, sin correr pero sin parar, directo a la estación de buses.

Los soldados, dice Leonid, estaban avisados de su presencia. La buscaban de tienda en tienda. Entraban a un local, echaban un vistazo, salían, cruzaban la calle y volvían a buscar. La vieron cuando estaba a punto de abordar el bus de salida. La mujer volvió a hacerse la desentendida; enseguida se montó en la flota y salió del pueblo. Cuando se dio cuenta, los dientes le sonaban como una matraca.

Quizás solo se tratara de un malentendido, pero no podía arriesgarse. Ya en Bogotá se enteraría, por algún vecino del pueblo, de que los soldados decían a los cuatro vientos que era una “gran h.p.” a la que tenían que “totear”. Le tocó tragarse la injusticia. “Uno peleando –dice–, tan pequeñito, contra alguien que tiene el mando y hace lo que quiere porque dice que tiene la ley por su cuenta”. Ahora eran parias, no podían volver a Cabrera. No lo han hecho.

Yerson, mientras tanto, comenzaba a asumir su vida sin una pierna. Iba a ser duro vivir así. Debía volver a aprender muchas de las cosas que todos damos por sentadas: “¿Cómo voy a caminar? –se preguntaba– ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Cómo voy a hacer las cosas?”. Ver correr y jugar a los demás le quitaba las ganas de vivir. “No quería volver a salir a la calle”, recuerda.

Tampoco le gustaba la idea de renunciar a su pequeño paraíso de Cabrera, donde nada le hacía falta y nada lo afanaba. Sus días se sucedían sin perturbaciones: se levantaba a las siete de la mañana, ordeñaba la vaca que le daba leche a su familia, se bañaba y se iba a la escuela. A la 1 de la tarde terminaba de estudiar, almorzaba, ayudaba a arreglar su casa y se iba a divertirse con otros niños. El centro de sus juegos era un gigantesco árbol con el tronco inclinado. “Ya le teníamos el camino de tanto pasar por ahí –recuerda–.

Allá saltábamos y corríamos. Jugábamos policías y ladrones, o a las escondidas. Había escondites por todos lados”.

Ya ni se acuerda de cómo se llaman sus amigos; no los volvió a ver. Le tocó cambiar el verde por el gris: los paisajes por los andenes, las vacas por los buses, las escondidas por el PlayStation. Bogotá lo asustaba, le parecía una ciudad sobrepoblada y mezquina en la que “no se puede salir tranquilo” porque está llena de ladrones, donde las personas “piensan solo en sí mismas” y la solidaridad es un fruto extraño. Ni siquiera pudo despedirse de su pueblo. Le tocó resignarse a no volver; a hacerse, junto a su madre, a una nueva vida en la gran capital.

Ella comenzó por buscar un trabajo, pero no parecía que alguien estuviera interesado en contratarla en algo que medio valiera la pena. “Lo único que a uno le ofrecen es trabajar en restaurantes y cafeterías –asegura–. Son doce horas por turno, es como si uno no tuviera familia”. Es que era una más entre cientos de desplazados, que pasan de ser alguien en sus sitios de origen a no ser nadie en la ciudad. De todos modos siguió insistiendo, hasta que consiguió un empleo como auxiliar de mantenimiento de cajeros electrónicos. “Me tocaba ir a ver cómo estaban, lavarlos, limpiarlos, mirar que no tuvieran cámaras, que no estuvieran rotos”. Todos los días, de domingo a domingo, hacía un recorrido por las avenidas del centro de Bogotá. Así comenzó a entrar en confianza con la ciudad, a chapurrear el abecé de la sobrevivencia urbana.

También debían encontrar dónde vivir. Cuando pasaran los 15 días en el albergue tendrían que valerse por sí mismos. El plazo se acercaba y no encontraban un lugar, pero las fundaciones les volvieron a dar la mano y les consiguieron cupo en otro refugio, esta vez en el sur de Bogotá. Podrían estar allí hasta que Yerson culminara sus terapias y tuviera su prótesis, pero después de eso –esta vez sí– les tocaba irse a su propio lugar. Instalada en su nuevo hogar, la madre se trajo a sus otros hijos a vivir con ella.

Mientras tanto, Leonid luchaba contra su miedo. Vivía aturdida, se perdía en sitios que ya conocía, todo le parecía sospechoso. Si alguien se quedaba mirándola en un bus, creía ella, era porque le estaban siguiendo los pasos. Si le pedían el teléfono, era para rastrearla. Ni en el albergue se sentía a salvo: alguien podría romper la puerta o meterse

por la ventana para matarla. La hostilidad de la ciudad era un gigantesco dedo de concreto apuntando a su cabeza. Cada cosa que le pasaba alimentaba su paranoia. Un día, un taxista golpeó su bicicleta y la hizo caer. Luego, algunos metros más adelante, el sujeto se le atravesó y la hizo volcar. La dejó tirada en el asfalto e inmobilizada por el dolor. De nuevo creyó ver la sombra de la muerte. “Eso no es un accidente, eso es que alguien lo quiere matar a uno”, pensó.

Yerson, por su parte, se concentraba en su recuperación. La mejoría de su estado de ánimo era tan rápida que asombraba quienes lo atendían. Claudia Bernal, coordinadora de rehabilitación de la Fundación Colombianitos, ha seguido su caso desde que estaba en el hospital de Soacha. Según cuenta ella, él “no se delimitó, no se cayó ni se deprimió. Por el contrario, le inyectó a la mamá una energía súper fuerte. Su actitud siempre era de alegría”. Sus depresiones, o al menos una buena parte de ellas, parecían haberse esfumado.

Todo eso ocurría a pesar de que las terapias eran muy dolorosas. El objetivo era que las heridas cicatrizaran y que la lesión perdiera la sensibilidad, por lo que básicamente consistían en someter al muñón a estímulos cada vez más fuertes, buscando que se acostumbrara a ellos y no sintiera dolor a la hora de usar la prótesis. Además, la amputación de Yerson no fue hecha correctamente, lo que se convirtió en una nueva fuente de problemas. “La tibia se estaba saliendo de su posición –explica el niño–. No supieron cortarla y, a medida que yo iba creciendo, crecía más rápido y rompía la carne”. Para corregir ese desperfecto le han tenido que hacer otras dos cirugías, con las que suma cinco desde la fecha del accidente.

Llegó el día en el que le pusieron la prótesis a Yerson. Fue el más feliz que había tenido en muchos meses, pero su madre apenas podía soportar la tristeza. Llevaba algún tiempo buscando un lugar dónde vivir, pero, como ella cuenta, “nadie le alquilaba a una mamá sin plata y con cuatro hijos”. El plazo para salir del albergue se había cumplido y no había solución a la vista, hasta que una ex compañera de trabajo le tendió la mano. “Ella nos recogió y nos alquiló un cuartico pequeñito, de dos metros por uno y medio, que no tenía ni piso”, relata. Estaba agradecida, pero también muy deprimida. “Yo no podía ni entrar –recuerda–, no podía con el llanto”. De todos modos, se acomodaron. Consiguieron un camarote y empezaron a vivir.

Ahora era tiempo de enfrentarse con la burocracia. Leonid había aprendido a desconfiar de las autoridades, por lo que sus expectativas eran modestas: “si casi no alcanzamos los derechos de la salud y el cuidado del niño –se quejaba–, mucho menos vamos a conseguir una prótesis”. Tampoco quería recorrer los laberintos de la burocracia, llenos de malentendidos, puertas cerradas y preguntas sin respuesta. “Una prótesis cuesta más de cinco millones de pesos. Y luego, ¿las demás cirugías? Me dijeron que el Fosyga ya no cubría después de seis meses. Y si eso es verdad, ¿cómo va a ser todo con un carné del Sisbén? ¿Cuándo le van a hacer las operaciones al niño?”.

Cargando con sus dudas, comenzó a hacer los trámites de la indemnización a la que Yerson tenía derecho por ser “víctima de un accidente por mina antipersonal”. Esa es la etiqueta que el Estado les pone a quienes son heridos por un artefacto de estos. Tenía que contar esta historia en el único lenguaje que la burocracia entiende: el de los documentos oficiales. Con ello pretendía, por un lado, hacer valer el derecho de Yerson a recibir atención médica ilimitada y prótesis –tantas como los médicos consideren necesarias hasta que cumpla los 18 años, y después de eso una nueva cada cinco años–; y por otro lado demostrar que el niño había sufrido una incapacidad permanente por causa del accidente, con lo cual obtenía el derecho a recibir una “indemnización solidaria” que podría llegar a los 40 salarios mínimos.

En teoría, el único requisito para hacer los trámites es –según Alejandro Espitia, asesor del Programa de Acción Integral Contra las Minas Antipersonal (PAICMA) de la Vicepresidencia de la República– que la persona “tenga el certificado del Personero o el Alcalde que lo acredita como víctima de minas”. Se trata un documento sencillo, en el que el funcionario encargado solo debe llenar once espacios en blanco y poner un sello. Pero a medida que se penetra en el laberinto de las oficinas públicas, los requerimientos de papeles empiezan a aparecer: registro civil, historia clínica, formularios, declaraciones extrajuicio, certificados bancarios.

En el proceso, Leonid sufrió una de las principales falencias de la política de atención a víctimas de minas: las personas afectadas no pueden reclamar sus derechos por sí mismas, necesitan que alguien les ayude en ese proceso mientras se concentran en su recuperación. El plazo para comenzar el proceso es de seis meses después del accidente, por lo que no hay mucho tiempo para reaccionar.

El problema es que, como aclara el manual de *Asistencia integral a víctimas de Minas Antipersonal y Municiones Sin Explotar*, “la legislación vigente no contempla la financiación de los costos de alojamiento, transporte y la alimentación de las víctimas y sus acompañantes durante el proceso de rehabilitación”. Es un proceso engorroso que pone, al menos por unos meses, la vida de una o varias personas al servicio de una indemnización que depende del concepto de una junta de incapacidad.

Por fortuna, las fundaciones también ayudan a las víctimas en el proceso. Les ofrecen albergue, ayuda y los contactan con las entidades encargadas de hacer el tratamiento médico y psicológico que necesitan. Eso le permitió a su madre estar siempre al lado de Yerson. Además, Leonid pudo contar con la solidaridad de unos pocos amigos que no se creyeron el cuento de que era guerrillero. Juntando todo eso, logró hacer todos los trámites y radicar todos los papeles.

“¡Tenemos casa!”

Un día, seis meses después, Leonid llegó al cuarto y los reunió a todos. Les contó la buena noticia: “¡Tenemos casa! ¡Tenemos casa!”. Los 18 millones de pesos de la indemnización de Yerson, sumados con otro dinero que había logrado ahorrar, habían alcanzado para comprarla. Encontrarla fue difícil. La mayoría de viviendas que visitaron eran demasiado costosas para ellos; y, según Leonid, en las que no lo eran “daba miedo entrar”. Pero, por fortuna, dieron con un lugar que no era ni una cosa ni la otra.

Para llegar es necesario atravesar la carrera Décima, probablemente la vía más fea de Bogotá. Hasta hace poco, el único transporte era un bus ruinoso, que había que esperar con paciencia porque no pasaba a menudo. No hay colores en el camino, que está cubierto por un manto mortecino. A lado y lado se ven las vergüenzas de la ciudad: edificios de paredes sucias, construcciones en ruinas, comercios de baratijas de contrabando, casinos pobres plagados de luces, indigentes que muestran los colmillos, potreros de pastos altos, paredes llenas de grafitis sin gracia, prenderías de mala muerte, vecindarios enteros de fachadas de bloque desnudo.

El barrio se llama Guacamayas. Se trata de la típica invasión que se pobló tanto que al Gobierno no le quedó más remedio que legalizarla. Las casas fueron construidas por sus propios dueños, a pedazos y sin ninguna planeación. Cada una tiene su propia

forma, su propia fachada, su propia pintura. La iglesia, que suele ser el edificio más imponente de cada barriada, no es más que un templete pintado de verde con una cruz blanca. La vista siempre es la misma: una montaña tapizada por una alfombra de cemento y ladrillo, salpicada por uno que otro árbol y atravesada por callecitas como las de un laberinto. Por ellas apenas cabe una moto, pero no importa: casi nadie tiene carro.

Lo que sí hay son perros callejeros. Decenas de ellos. Unos, altaneros, le ladran a todo lo que se mueva. Otros, resignados, se echan en su pedazo de suelo a esperar lo que la vida les traiga. También hay montones de tiendas, panaderías –hay al menos una en cada cuadra– y pequeños expendios de frutas y verduras; negocios que apuntan a un mercado de gente que apenas sobrevive.

Una pequeña estación de policía funciona sobre la calle principal, pero no es un lugar seguro. Los atracos son frecuentes y las calles quedan vedadas tan pronto se pone el sol. Los vecinos viven con miedo, las historias de terror abundan. A un joven, cuenta Yerson, lo mataron por robarle unos zapatos que compró con su primer sueldo. Otros han sido agredidos por muchachos que pasan la vida agazapados en las esquinas, fumando marihuana y buscando problemas. No es un buen lugar para crecer.

Si se quiere llegar a la casa sin perderse hay que conocer el sector. Todas las calles se parecen entre sí y no hay letreros de direcciones, ni indicaciones visibles para quien no sepa verlas. Ya frente a la puerta, hay que subir 18 escaleras por un pasillo oscuro y estrecho, en el que a duras penas cabe un hombre gordo. La cocina, que se reduce a una estufa y una mesa, está separada de la sala por una paredilla. La única ventana da al altillo del vecino, un patio cubierto de bloque desnudo en el que siempre hay ropa secándose. Cuando llueve y hay mucho viento les toca llenar el piso de baldes, pues el agua se filtra por el tejado. Las tres habitaciones son oscuras y están decoradas sin ningún otro criterio que el de ponerles un sitio a esas cosas que han ido consiguiendo con los años: muñecos de peluche, juguetes destartados, porcelanas de colores chillones, esquelas de palabras bonitas y autores ausentes.

Pero nada de eso importa, es lo mejor que han tenido. Es espaciosa, caben hasta las máquinas de coser que Leonid compró con parte de la indemnización. Además tiene un cuarto independiente, que arriendan para ganarse unos pesos. La llenaron de su vida; del olor de la sopa cocinándose, del murmullo del televisor y los gritos de los juegos

infantiles. Entre todos pintaron las paredes y acomodaron los muebles. Hasta el hermano menor de Yerson, Alejandro, de cinco años, ayudó en la tarea. Pintó él solo, con un pincel infantil y vinilo negro del que usa en el colegio, los bordillos del piso. "Unos hacia arriba, otros hacia abajo, otros atravesados, unos con más pintura que otros", recuerda Leonid. Les tocó repararlos, pero lo hicieron con gusto. Se trataba de su hogar, de su sitio de llegada.

La vida

Para que Yerson pudiera conocer el mundo, Leonid tuvo que despegarse de él. Al principio era su sombra. "Le cambiaba la prótesis, el muñón, le hacía todo –cuenta–. Si Yerson se metía al baño, yo me quedaba en la puerta: «¿Se bañó? ¿Se cayó?» Yo lo secaba, yo lo cambiaba". Pero Claudia Bernal le dio la cachetada. La sentó, le habló duro: le dijo que no lo hundiera, que no viviera a través de él. Y la convenció. "Después de esa vez –recuerda Yerson–, ella empezó a salir relajada. Caminaba, salía, y yo ahí, allá me dejaba".

Pronto él también comenzó a salir, casi siempre a bordo de su bicicleta amarilla. La monta con saltos temerarios, recorre bajadas endiabladas y hace frenazos fulminantes entre lomas, baches y lodazales en los que la lluvia se revuelca con la tierra. Por eso, por el uso y el abuso, se mantiene embarrada, desencajada y achacosa.

Hace días se le había dañado la silla. Quedó apuntando hacia arriba; el tubo que la anclaba al cuadro se dobló hacia atrás. Ocurrió mientras Yerson probaba un salto que nunca había logrado. Ya dominaba la versión "de pie": la que se hace con las puntas de los pies apoyadas en los pedales y las piernas estiradas. El porrazo fue intentando la versión "sentado": con las nalgas en el sillín. Encontró una rampa y tomó impulso, pero la gravedad hizo lo suyo. El tubo, la silla y el niño absorbieron el impacto contra el piso.

La solución estuvo a la mano. A las dos semanas llegó el dinero de asistencia alimentaria que su padre debe girarle todos los meses. Yerson se compró un sillín nuevo. No es que fuera imprescindible: mientras eso ocurría siguió usando su 'bici', como si nada hubiera pasado.

Pero el nuevo daño no fue tan fácil de solucionar. Una tarde rodaba, salido de madre, por una bajada. Se le atravesó una piedra, le tocó frenar de golpe. La bicicleta no

respondió, o él no tuvo tiempo; no recuerda. El caso es que se dio otro batacazo. Se sacudió y se levantó, como siempre. Pero la 'bici' sí quedó inservible: su trinche delantero se dobló.

Tuvo que pedirle dinero a su mamá, meterse a los intestinos de la ciudad a buscar el repuesto, hacer que lo pintaran y lo instalaran. Mientras tanto, le tocó subir las escaleras con la bicicleta en la mano y dejarla, por un par de semanas, acunando polvo en un rincón.

Y mientras tanto, ¿qué hizo? Lo que cualquier adolescente hace: ir al colegio, ver televisión por montones, ayudar en su casa de mala gana, ejercer el tire y afloje del hermano mayor, tantear el mundo del trato con las niñas. La escuela todavía no lo entusiasma, pero antes era peor. Recién llegado, fue a parar a una donde los monstruos de la ciudad vivían silvestres: egoísmo, camorra, hampones, vicio. Los profesores no hacían de contrapeso. No veían, o veían pero cruzaban sus brazos blandos. Yerson no aguantó un año. En su idea de mundo la escuela era un lugar dulce, seguro, acolchado. No pudo digerir el contraste.

Llegó a otro donde los engendros estaban mucho más domesticados. Pero se encontró con la bufonada de sus compañeros, que lo llenaron de apodos: '¡Pat'e'cumbial!' '¡Pat'e'palo!' '¡Patasola!'. Yerson se llenaba de "gananas de estrangularlos", pero con el tiempo hizo callo: ese no era su mayor problema. Eran las asignaturas, que parecían ir más rápido que él.

Y no es que fuera incapaz, ni que le faltara talento para los números y las letras. Ocurría que, mientras sus compañeros burlones calentaban pupitre intentando aprender álgebra a trancazos, él se iba de paseo a expensas de las fundaciones. En esos paseos nadaba en piscinas, coleccionaba conchas en la playa, daba discursos a auditorios encopetados. Cosas que no podría hacer si no hubiera perdido su pierna.

Allá, afuera, pudo ver a otros niños en discapacidad. Y los vio del mismo modo en el que sus compañeros de colegio lo ven a él: como seres extraños, lisiados, desafortunados; quizá víctimas de una mala suerte despiadada. Fue, dice, una experiencia "rara". Ver que eran tan diferentes, pese a que carecían de lo mismo. Ver que se mueren de vergüenza, oírlos renegar de la vida y decir: "ay, yo no puedo correr porque tengo esta prótesis; ay, no me gusta mostrar la prótesis".

Él se siente afortunado. “Es gente que está peor que yo, tres veces peor que yo”, dice. Y no porque les falten tres veces más extremidades. Es porque no pudieron sortear las aguas que él sí pudo superar. Claudia Bernal cuenta historias terribles de sus otros pacientes. Personas que se rindieron en su rehabilitación, a quienes les da igual si no vuelven a ver la luz del día. Personas que, al lado de un brazo o una pierna, también parecen haber perdido el alma.

Yerson, por fortuna, no ha recorrido esos laberintos. Pero no salió impune, el accidente lo cambió todo. Su mamá afirma que a veces llora; que lo hace cuando nadie lo ve, ni siquiera ella. Pero las mamás saben esas cosas. Yo no soy capaz de preguntárselo a él. No parece cierto. Siempre me dice —y siempre le creo— que sigue viendo el mundo con los mismos ojos.

—¿Algo cambió? —le pregunto.

No responde. Solo se encoge de hombros.

Nostalgia

—Si le dijeran que podría volver, ¿volvería?

—Pero claro, ‘de una’. No lo dudaría.

Yerson responde y vuelve a hacer ese gesto: cierra los ojos, frunce el ceño, evita mirar al frente. A veces lanza un suspiro que abrumba, que trae los ecos de algo muy profundo, algo que se parece a la rabia y a la tristeza pero no es ni una cosa ni la otra. Cuenta su historia con un fraseo pantanoso, intermitente; le cuesta encontrar palabras que le hagan justicia. La memoria lo estrella contra las deudas que todavía tiene con su dolor. Pero luego toma su bicicleta, da una vuelta con ella. Ya no le duele. Su cara es la felicidad impoluta; todo lo demás se le olvida: las historias, las carencias, los problemas, la nostalgia. Hasta su pierna de mentiras.

Epílogo

Las vidas de Yerson y Leonid se estabilizaron. Él siguió creciendo y asistiendo al colegio. Se aficionó al fútbol y comenzó a jugar en un equipo de su barrio. No le importó que lo vieran con pantalones cortos.

Tras su recuperación, se convirtió en el personaje de mostrar para las organizaciones y autoridades que se concentran en el problema de las minas antipersonal. En internet y la prensa colombiana hay varios videos y notas en los que se cuentan apertes de esta historia; casi siempre los más felices y esperanzadores.

Sí, la de Yerson es una historia feliz, pero es la golondrina que no hace verano. Es solo es uno entre los 1.052 niños y niñas que sufrieron accidentes con minas entre 1990 y octubre de 2013, según cifras del Gobierno. De ellos, 225 no contaron con la suerte que tuvo Yerson: murieron.

Pero Yerson sobrevivió, y no solo eso. Decidió vivir. En 2013, aplicó a una beca en los Colegios del Mundo, una asociación internacional que les permite a unos pocos jóvenes de todo el planeta hacer sus últimos años de bachillerato en una escuela internacional, en donde están en contacto con personas de otras procedencias, religiones y culturas. Se la ganó, y en agosto de ese año viajó al fiordo de Flekke, en Noruega.

Nota aclaratoria

Se hicieron las siguientes correcciones en este trabajo antes de la sustentación.

1. Por recomendación de la asesora, se añadió un pie de página en la p. 3 para aclarar el concepto de víctima que se usó en el trabajo.
2. En el último párrafo de la p. 5, se quitó la expresión “a muchos niveles” para simplificar la redacción.
3. Se pusieron en bastardillas los nombres de los medios de comunicación mencionados.
4. Se acomodaron algunos intertítulos para que no quedaran al final de una página.
5. En la p. 3 se cambió la redacción de una frase: “...sino que lo que en ellas se cuenta apele a los sentimientos y emociones que compartimos como seres humanos”. Decía “en tanto seres humanos”.
6. En la p. 6 se eliminó la frase “que le urge”, pues es redundante con lo demás.
7. De acuerdo con la recomendación del profesor Navia, en la p. 8 se eliminó la frase “lo era tanto que su talento no le alcanzó para evitar pagar el precio”.
8. Se cambió la puntuación en el último párrafo de la p. 7: se puso un punto y coma (;) en lugar de una coma (,) en “Si no estuviera en un despacho judicial, no podría adivinarse que es el hombre al que 11.300 personas acusan del asesinato de sus familiares y de la expropiación de sus tierras; ni el sujeto que se apropió a sangre y fuego, con la misma frialdad que irradiaban sus ojos, de una muy buena parte de la costa colombiana”.
9. La intención del tercer párrafo de la p. 8 es mostrar cómo, de acuerdo con el testimonio de María Aurora, Fernandito se involucró con los paramilitares de forma intensa y aparentemente desprevenida. No es exculpar a Fernandito, como dice el profesor Navia. De hecho, creo que en la historia queda claro que su cercanía con los paramilitares desencadena la tragedia.

Sin embargo, creo que la crítica del profesor acierta en dos aspectos. El primero, al notar que no se indica la fuente del testimonio; y el segundo, al señalar que algunas de las frases que escogí para componer el párrafo se prestan para esa interpretación. Por esa razón decidí reescribirlo de una manera que solucione

estos problemas y –espero– denote mejor su intención original.

Además, reconozco que el profesor señala un dilema que yo no había notado en el transcurso del trabajo: ¿es Fernandito responsable de su suerte? ¿Es, por decirlo así, menos víctima que su padre y que su familia? El objetivo de este trabajo no es responder a estas preguntas, sino permitirles a los lectores que se formen su propia opinión.

10. Se eliminaron las palabras “Pero su padre sí sabía quiénes eran sus socios” del tercer párrafo de la p. 8.
11. Se cambió levemente la redacción del primer párrafo de la p. 9 para evitar la repetición de una palabra.
12. Se cambió la redacción del segundo párrafo de la p. 9 para indicar que María Aurora es la fuente de la versión.
13. Se cambió levemente la redacción del tercer párrafo de la p. 9 para evitar la repetición de una palabra.
14. En las pp. 9 y 10 se precisó la ubicación de los hechos, según sugerencia del profesor Navia.
15. Se quitaron las palabras “la víctima” en el diálogo de la p. 9.
16. Como sugirió el profesor Navia, en la p. 10 se precisó la fuente de la afirmación de que Castro dirigió la feria ganadera y se incluyó información adicional. Se cambió levemente la redacción para acomodar el texto.
17. Se completó el nombre de la empresa que expidió el certificado a “Tuto’ Castro: se llama BRC Investor Services, no BRC.
18. Se cambió una mención a ‘Jorge 40’ en la p. 10 para evitar repeticiones.
19. Se precisó que Castro intimidaba a sus víctimas “acusándolas” de que eran guerrilleros en la p. 10.
20. Se introdujo la palabra faltante “despojos” en la p. 10.
21. Para facilitar la lectura, se cambió la redacción de la frase “De esa manera [...] fue que” por “Esa fue la manera en la que” en el último párrafo de la p. 10.
22. Como sugirió el profesor Navia, en la p. 11 se explicó quién es Rafael García y por qué su testimonio es relevante.

23. Se corrigieron varias imprecisiones en la p. 11: se indicó que el Pacto de Pivijay fue firmado en 2001 y no en 2002, y se precisó que Carmen Castro Pacheco fue alcaldesa después del asesinato de los Jiménez, y no antes.
24. Se corrigió una información desactualizada en la p. 11. El texto original decía que ‘Tuto’ Castro estaba prófugo; cuando en realidad fue capturado en octubre de 2012.
25. Se eliminó la frase “que vivía para despreciar” al comienzo de la p. 12, para aligerar la narración.
26. Se cambió una coma (,) por un punto y coma (;) en la frase “Ella lo perdonó; esa noche espantaron juntos el frío”, de la p. 12.
27. Se cambió un dato en la p. 12: Don Fernando tuvo ocho hijas, no cuatro, como decía en la primera versión del texto.
28. En el segundo párrafo de la p. 13, se introdujeron las palabras “el suegro” para darle fluidez a la narración.
29. En el último párrafo de la p. 13 se aclaró que Barranquilla está ubicada en el departamento del Atlántico.
30. En el cuarto párrafo de la p. 14 se introdujo la frase “No habría sido la primera vez que ‘Chepe’ hiciera supuesta justicia con su propia mano” para darle más fluidez a la narración.
31. En el segundo párrafo de la p. 15 se cambió “Los Cheperos’ llegaron” por “el grupo llegó” para evitar una repetición.
32. En el tercer párrafo de la p. 15, se quitó la frase “Pese a su poder” para darle fluidez a la narración.
33. En la p. 16 se explicó que Iván Cepeda es un parlamentario.
34. Se reescribieron parcialmente los párrafos segundo y tercero de la p. 16 para atar mejor la nueva información con los datos ofrecidos previamente.
35. Se añadió nueva información en el último párrafo de la p. 16, relacionada con las supuestas actividades de ‘Chepe’ Barrera en Venezuela.
36. Se eliminó la frase “su recuerdo aun le saca chispas” de el último párrafo de la p. 17.

37. Se simplificó la redacción del cuarto párrafo de la p. 17: se eliminaron las palabras “para hacer justicia” y se editó la frase “ante la evidencia abrumadora de que el dilema que enfrenta a la justicia con la supervivencia no es tan simple”.
38. Se simplificó la redacción del primer párrafo de la p. 18: Se editó la frase “el crimen de los Jiménez podría ser entendido como parte...”
39. Por sugerencia del profesor Navia, en el último párrafo de la p. 17 se explicó quién es ‘Don Antonio’ y por qué es relevante para la historia
40. Se corrigió el error ortográfico del segundo párrafo de la p. 18: la palabra “líder” carecía de tilde.
41. En ese mismo párrafo, se cambió la palabra “líder paramilitar” por “jefe paramilitar” para evitar repetición.
42. Se simplificó la redacción del tercer párrafo de la p. 18: se cambió la palabra “en ocasiones” por “a veces”.
43. Se cambió la redacción del último párrafo de la p. 19: se cambió la frase “dejó de ser enfermiza” por “ya no era enfermiza”.
44. Se cambió la palabra “el resultado” por “las cicatrices” en el diálogo de la p. 21.
45. Se introdujo la palabra “en [la pata de palo]” en la p. 22.
46. Se eliminó “el cambio nunca había sido un problema” en el cuarto párrafo de la p. 22 para aligerar la narración.
47. Se cambió la palabra “escolio” por “escollo” en la p. 22.
48. En la p. 23 se cambió la frase “sonaba dentro de sus oídos” por “venía de adentro de sus oídos”, una expresión más precisa.
49. En la p. 23 se añadió la frase “pero su conciencia campesina la traicionó” para explicar la espera de Leonid.
50. Se eliminó la frase “Es decir: el hombre temía que le pasara lo que al final le sucedió” en el cuarto párrafo de la p. 24, pues esa línea de la historia finalmente no fue desarrollada en el texto.
51. Se cambió levemente la composición de los párrafos en la p. 26, para organizar mejor la narración (el texto no se cambió).
52. Se precisó que los niños quedaron con la abuela y los tíos en la p. 28.
53. Se puso la A mayúscula en la palabra “Alcaldía” en el tercer párrafo de la p. 30.

54. En el último párrafo de la p. 30, se aclaró que Leonid se dedicaba a la venta de productos de belleza por catálogo.
55. Para aclarar la confusión señalada por el profesor Navia en la p. 31, se cambió el verbo “la encontraron” por “la vieron”.
56. En el segundo párrafo de la p. 34 se cambió la frase “Los objetivos eran” por “Con ello pretendía”, para darle mayor fluidez a la narración.
57. Se cambió “Además” por “El problema es que” en el último párrafo de la p. 36 para atar mejor el argumento que se intenta expresar.
58. En el penúltimo párrafo de la p. 35, se precisó que actualmente el único transporte a la casa de Leonid ya no es el bus.
59. En el tercer párrafo de la p. 36 se eliminó la palabra ‘drogadictos’ porque no se tiene certeza de que lo sean.
60. Se cambió “el murmullo del televisor” por “del murmullo del televisor” en el último párrafo de la p. 36 para que la enumeración fuera correcta.
61. Se introdujeron dos verbos en el tercer párrafo de la p. 37 para precisar la narración.
62. En el tercer párrafo de la p. 38 se cambió la frase “¿qué hizo Yerson?” por “¿qué hizo?” para aligerar la narración, toda vez que arriba queda claro que el sujeto de la narración es Yerson.
63. Se cambió la puntuación del tercer párrafo de la p. 38 para mejorar su redacción.
64. Se cambió la palabra “motes” por “apodos” en el tercer párrafo de la p. 38 para simplificar la redacción.
65. Se cambiaron apartes del segundo párrafo de la p. 39 para evitar una posible confusión entre los distintos sujetos de las oraciones que componen el párrafo.
66. En el párrafo final de la p. 39, se cambió la palabra “normalmente” por las palabras “casi siempre” para aligerar la narración.
67. En el último párrafo de la p. 40, se cambiaron las palabras “buscó aplicar” por “aplicó” para evitar la redundancia.
68. Se cambió levemente la puntuación del último párrafo de la p. 41 para mejorar la redacción.